

EL COMERCIO.

Año XXXIV.

Miércoles 1 de Octubre de 1876.

Núm. 11.035.

CADIZ 4 DE OCTUBRE.

La Tribuna, periódico que no llamaremos republicanos, porque legalmente no hay ó no debe haber ya republicanos en España, pero que representa, a lo que creemos, la exigua fracción de los que fueron republicanos de órden y a quienes vulgarmente se llamó y ha seguido llamándose *positivistas*, publicó hace algunos días el retrato y la biografía del duque de la Torre, para solemnizar con un golpe de efecto el aniversario de la desdichada batalla de Alcolá.

Los acentados elogios de *La Tribuna* al personaje que era objeto de sus plácemes, tenían una intención harto trasparente, la intención de hacer comprender que los hombres de *La Tribuna* cuentan con las simpatías y tal vez con el apoyo del general Serrano.

Los verdaderos interesados en protestar contra esto eran los constitucionales de *La Iberia*, que tienen ó creen tener por jefe al duque de la Torre y que naturalmente debían sentir algo de la pasión de los celos al ver que los amigos de Castelar se lo apropiaban. Pero *La Iberia*, interpelada en ese sentido por *El Tiempo*, ha salido del paso diciendo que el duque de la Torre es una gloria nacional: que todo el mundo se complace en dispensarle sus homenajes de afecto y de simpatías, y que no hay contradicción alguna en que los constitucionales se enorgullecian con su jefatura, siendo á la vez ensalzado por los republicanos.

La Tribuna, sin embargo, no está conforme con lo de la jefatura de los constitucionales.

«Nosotros, dice, no vemos en el señor duque de la Torre un hombre de partido, un miembro, siquiera fuese el primero, de una bandería, un político de cuya iniciativa y voluntad disponga una fracción determinada. Ofendible sin duda los que, queriendo apropiárselo, piensan así de él, conociendo sus antecedentes, su historia, su patriotismo, la elevación de sus miras y hasta la elevación superior de las dignidades que ha alcanzado en nuestro país.

El señor duque ni se pertenece ni puede ser ya considerado como hombre de partido, en el mezquino concepto que aquí se tiene de esta palabra. Pertenece á su patria. Ni nosotros le hemos considerado como nuestro, según erradamente se supone, ni hay quien pueda vanagloriarse de considerarlo absolutamente á su lado entre los muchos partidos que hoy se disputan el dominio de la opinión.

Estamos ciertos de que nadie puede decirlo, de que él mismo no lo ha dicho, ni dado con actos ó palabras derecho á nadie para afiliarlo en determinada bandera. No, no lo dirá ningún periódico que ame la verdad ó conozca los actuales pensamientos del ilustré general Serrano.»

Estas líneas están evidentemente escritas para *La Iberia* y no sabemos si el órgano del Sr. Sagasta se dará por entendido; pero están escritas, además, con un olvido completo de las condiciones propias de todos los hombres políticos en una monarquía constitucional.

Cuando en España no había monarquía, cuando la revolución pesaba como una losa de plomo sobre todas las gerarquías políticas y sociales y sobre todos los partidos en que la nación estaba dividida, comprábase que, haciéndose del duque de la Torre una especie de semi-rey, con el nombre de jefe del poder ejecutivo, y encerrándole cómodamente en la famosa *jaula de oro*, se dijese que el duque de la Torre no estaba al servicio de un partido, porque su po-

sición misma le ponía á mayor altura; siendo como era á la sazón el verdadero representante, en la esfera legal, de la nacionalidad española.

La Tribuna podrá echar de menos aquellos tiempos de infausta memoria para el país; podrá tener el mal gusto de suspirar porque vuelvan; pero no puede creer y no cree seguramente que nos hallemos todavía en aquellos tiempos, y que el duque de la Torre haya de ocupar por tanto, una posición privilegiada, que le emancipe de los partidos poniéndole por encima de todos ellos. No: en la España de hoy, en la España monárquica y constitucional, esa posición pertenece exclusivamente al Rey.

Del Rey abajo, ningún español, por alta que sea su categoría, por grandes que hayan sido sus servicios, tiene razón ni derecho para darse aires de monarca en sus relaciones con los partidos políticos militantes. O separarse por completo de la política, como lo ha hecho el duque de la Victoria para ser, en su honroso retiro y en los últimos años de su vida, una gloria nacional, ó consagrarse activamente al servicio de su patria, como lo hacen los hombres de Estado en los países constitucionales, simbolizando un pensamiento de gobierno, una política dada, que les permite ostentar la representación de cuantos con su pensamiento y con su política se hallan identificados.

El duque de la Torre estará con *La Iberia* ó con *La Tribuna*: estará si se quiere consigo mismo, meditando con quien ha de irse, ó prefiriendo no irse a parte alguna; pero se engañan mucho los que crean que el duque de la Torre puede ser un Mac Mahon en España. Pasó, por fortuna, el tiempo en que esto se juzgaba posible. El duque de la Torre esta, como todos los españoles, debajo de la monarquía, y debajo de la monarquía no hay *jaulas de oro* para reyes de ilusión ó de comedia.

La Patria afirma con una seriedad que tiene algo de cómica, que el centro parlamentario liberal se forma porque el país lo exige, y, francamente, nos parece ya un recurso muy desacreditado, muy gastado y muy vulgar el echar sobre el país la responsabilidad de todas las genialidades de los hombres políticos. El país, como observa un apreciable colega, no ha dicho nada, ni se ha interesado, ni ha podido interesarse en que se forme un nuevo partido, que harto tiene con los que ya existen y bastante le perturban y le inquietan, para que haya manifestado deseos de ver aumentarse la confusión política con una nueva bandería.

Por mas que aseguren los apóstoles de la nueva idea que están dispuestos á acoger en sus cariñosos brazos á todos los liberales que sinceramente quieran contribuir á su buena obra, y por mas que se enorgullecian con la idea de que no vienen á dividir, sino á reconstituir un partido fuerte y vigoroso, los constitucionales sagastinos han conocido el cebo, y menospreciando las maliciosas insinuaciones del *Imparcial*, declaran por voz de su órgano autorizado, que nada tienen que ver con el nuevo partido, ni en nada les hará variar su actitud, porque estiman en mucho su independencia.

La evolución centralista no es según *La Iberia* mas que la primera etapa en el camino trazado á la marcha de los su-

cesos por la mas rigurosa lógica. Esa evolución podrá descomponer á la mayoría, despedazarla y dejar al gobierno indefenso, mas aun, será tal vez causa de su caída, mas si cuenta con que el partido constitucional se ha de someter á ella perdiendo su iniciativa y su independencia, la fracción centralista está equivocada. Los constitucionales esperan poder utilizar ellos solos la obra de demolición que van a realizar los centralistas sin creerse por eso obligados á darles participación en los despojos de la victoria. Es decir, para valerlos de las mismas palabras del *Diario Español*, que si los centralistas á fuerza de sacudidas derriban la pera del árbol, los constitucionales que los miran trabajar con los brazos cruzados, se reservan el derecho de recogerla del suelo y comerse-la.

Oigamos á *La Iberia*:

«No; el movimiento de la opinión no puede detenerse en el centro parlamentario, por mas que de liberal blasone: no basta eso. Es preciso seguir adelante y llegar á los últimos legítimos límites. La conciencia pública reclama la realización de nuestra política, la ejecución de nuestro programa, la aplicación de nuestros principios, que son los consignados en la Constitución de 1869. Por ese camino marchan consciente ó inconscientemente los centralistas, y de esto nos felicitamos con sinceridad; pero se equivocan de lleno si pretenden imponer su criterio á ese lógico, natural, irresistible movimiento; si aspiran á impedir con la fuerza de un doctrinarismo mas ó menos elástico los legítimos y ordenados arranques de la opinión. Las cosas caen siempre del lado á que se inclinan.»

Ya lo saben los centralistas: sus algaradas solo podrian dar por resultado, si alguno tuviésem, el triunfo completo del sagastismo y la resurrección del Código democrático de 1869 con todas sus consecuencias.

Un periódico publica la siguiente reseña del acto en que se aprobó la contratación del empréstito de Cuba:

«Ya conocen nuestros lectores la real orden de 27 del pasado, en que se dictaron las bases para la contratación del empréstito de 15 á 25 millones de pesos para las atenciones de Cuba.

Consiguiente á esta disposición, el Consejo de ministros, presidido por el señor Cánovas, se constituyó en el ministerio de Ultramar á las tres de la tarde de ayer, y á las cuatro en punto se dió principio al acto, anunciando el señor presidente que se hallaban presentadas, en tiempo hábil y en la forma prevenida, dos proposiciones: una de los Sres. Calvo, Cabezas y demás firmantes del convenio provisional de 5 de Agosto, y otra del señor marqués de Campo.

El Sr. Moraza, como secretario habilitado, dió lectura de la real orden de 27 del pasado y del convenio provisional de 5 de Agosto, de la correspondencia oficial que ha mediado entre el ministro de Ultramar, los firmantes del convenio y el Sr. Campo; fueron tambien leídos los resguardos de la Caja de depósitos expedidos á nombre de este último por la cantidad de 3.750.000 pesetas, y á favor de los Sres. Calvo, Cabezas y Lopez, por otro nuevo depósito de igual cantidad, á más de los 15 millones de reales que, como anticipo, tenían entregados al Gobierno al concertar el contrato provisional.

El Sr. Llasera, por medio de una carta, que tambien fué leída; retiró la proposición que tenia presentada, y cuyos detalles ya fueron anunciados por la prensa. Y por último, se dió cuenta de la protesta formulada por el Banco Español de la Habana, y en su nombre y representación por el diputado D. Emilio Santos, alegando que, estando afectos los productos de las Aduanas de Cuba á los anticipos hechos por aquel estableci-

miento al Tesoro, no podía el Gobierno hacer una nueva operación de crédito en perjuicio de sus derechos. Terminada la lectura de este documento, el señor presidente del Consejo declaró que el gobierno no aceptaba, ni los hechos consignados, ni las conclusiones que se deducen; si bien hizo constar que con el producto de esta operación el Gobierno atendería al pago de las obligaciones del Banco Español de la Habana, con el sobrante de la cantidad que se destinaba á la amortización del nuevo empréstito.

Se suscitó en seguida una discusión incidental entre el Sr. Cánovas y el señor Campo, sobre la tramitación que habria de seguirse para dar cuenta de las proposiciones presentadas.

Hecha la oportuna pregunta á los firmantes del convenio provisional, en la forma prescrita en la real orden, el señor Calvo, por sí y á nombre de los demás, contestó que se limitaba á ratificarlo. Expuso despues, que si su proposición era admitida, los firmantes entregarían sin interés alguno los 15 millones que ya tenían anticipados, renunciando al interés del 10 por 100 estipulado, y sobre esta suma entregarían además, durante el mes de Octubre, 30 millones en la península y 15 en la Habana.

El señor presidente declaró que estas manifestaciones del Sr. Calvo constituían una mejora del convenio provisional, y como tales fueron consignadas en el acta.

Dióse cuenta inmediatamente de la proposición de Sr. Campo, que consista en entregar al Gobierno, en el acto de otorgarse la escritura de adjudicación del empréstito, 20 millones de reales sin interés alguno y por vía de anticipo, hasta que tomara posesion de la recaudación de las Aduanas, y si ésta se retardase por causas independientes de la voluntad del Gobierno, le daría créditos en Europa ó en América por otros 20 millones de reales, tambien sin interés, y en oro precisamente. La entrega de los 15 millones de pesos en que consiste el empréstito, se hará, según la misma proposición, en cuatro plazos: uno, de cuatro millones de duros, al tomar posesion de la renta de Aduanas, incluyendo en este el millon que se ofrece anticipar al firmarse la escritura; el segundo y tercero, tambien de cuatro millones de pesos, de dos en dos meses sucesivamente, y el cuarto, que importará los tres millones con que se cubrirá el empréstito, á los tres meses de abonado el tercer plazo. Los demás puntos de la proposición Campo, se limitaban á fijar el 10 por 100 de interés y el percibo del 35 al 40 por 100 sobre el aumento del producto de Aduanas.

El Sr. Campo, entrando despues en explicaciones, retiró la cláusula en que fijaba que las Cortes se obligaban á dar la garantía nacional, ó en otro caso, la rescisión del contrato.

El Consejo de ministros se constituyó en sesion secreta, inmediatamente despues de terminar sus explicaciones el señor Campo, continuando reunidos hasta cerca de las nueve de la noche, en cuya hora el secretario del mismo manifestó, que habiendo discutido el Gobierno sobre las dos proposiciones de que va hecha mencion, se decidió á aceptar como mas ventajosa la de los Sres. Calvo, Cabezas y demás firmantes del convenio provisional.»

Segun dice *El Diario Español*, don Carlos y doña Margarita tomarán parte en la peregrinación de los romeros españoles á Roma, á ser cierta la noticia que comunican desde Paris á una persona de Valencia, y que un colega de esta útima capital ha hecho pública en los siguientes términos:

«Era ya cosa acordada que D. Carlos, doña Margarita, si se lo permitia el estado de su salud, y toda la trashumante corte de aquel bohemio de los monarcas, esperarían en Marsella la llegada de los peregrinos españoles, poniéndose á la cabeza de ellos. Sabedor de este proyecto, el gobierno francés hizo significar al Pretendiente español por conducto semi-oficial, el disgusto con que verta dar á la peregrinación española una ca-

